

¿Por qué marcharé este 26 de febrero de 2023?

Marcos David Silva Castañeda 

UNAM-CDMX-2023

Este próximo 26 de febrero, a las once horas, seguramente, cientos de miles de ciudadanos se expresarán públicamente, en cerca de cien Ciudades, nacionales y extranjeras, para defender la democracia mexicana. Específicamente, exigirán respetar la autonomía constitucional del Instituto Nacional Electoral. ¿El motivo? El cambio a la norma electoral aprobada el pasado miércoles 22 en el Senado de la República —promovido, unilateralmente, por el Ejecutivo— que dirige al Instituto Nacional Electoral —en los hechos— hacia su desaparición. Norma que provoca, premeditadamente, la interrupción de nuestro derecho a elegir, libremente, quién nos puede gobernar.

En unas cuantas palabras, la recién aprobada Ley electoral obradorista desaparece, en México, sin más, las elecciones libres como el sufragio efectivo.

Ante un escenario tan grave fundamentaré, a continuación, las razones por las cuales considero un imperativo categórico marchar este 26 de febrero próximo. Asumo que, si se universalizara la decisión de marchar, en el mayor número de mexicanos, en realidad, la sociedad mexicana, en su conjunto, estaría mejor que si se optamos por no marchar. Si no marchamos, aprobamos, tácitamente, la Ley Electoral obradorista, aceptamos, indirectamente, la construcción de un régimen autoritario —que podría devenir en dictatorial. En ese escenario, los mexicanos estaríamos en una peor condición, por lo que, si bien acepto son muchas las cosas que debemos cambiar en nuestra democracia, también reconozco que hay muchas otras que debemos evitar, entre ellas: la desaparición del INE.



Desde ese mandato categórico he decidido marchar porque vivimos un momento trascendental para nuestra vida colectiva. Pienso que, con imperfecciones, vivimos —desde hace algunas décadas— en un orden democrático que podemos perfeccionar, sin embargo, el único camino que acepto es aquel que fortalezca el orden republicano, así como la división de poderes más estricta posible porque necesitamos más libertad y justicia, no menos democracia.

Me parece estamos a punto de ser arrojarnos colectivamente a un precipicio por un Jefe del Ejecutivo que tiene una ambición inagotable que está desinteresado de los problemas que aquejan al país, pero motivado en acrecentar su poder —ambición desmedida que se nutre por lo que considero puede ser delirio, psicosis o perversidad. En cualquier posibilidad, enfrentamos a uno de los peores gobernantes de nuestra historia que no es un peligro para el país —porque un peligro no es algo acontecido, sino que puede acontecer— no, no, su gobierno funesto es una realidad consumada que estamos enfrentando y sobrellevando —durante las décadas por venir.

A esto sumamos un partido oficial integrado no por personas libres —ni responsables de su libre albedrío, que ejercen, responsablemente, su autonomía— como “fanáticos” que tienen un apego irracional a la ocurrencia en turno de supuesto “gran líder” —lo que incluye desaparecer al INE como tomar control de las elecciones en nuestro país o conducir irresponsablemente una epidemia o ceder al narcotráfico cerca del 45 % del territorio con tal de tenerlo como aliado o impedir el arribo del TESLA al país solamente porque la empresa prefirió hacer esa inversión en un Estado en el que MORENA perdió las elecciones —y son solamente algunos ejemplos solamente.

La combinación es letal para nuestra República y su orden constitucional —seguidores desquiciados, un líder perdido en el laberinto de su infinita ambición que toma decisiones irracionales sin el menor escrúpulo, mayoría legislativa, concentración formal e informal del poder del Estado mexicano; además, debemos tomar en cuenta que, en los hechos, el Ejército ha desplazado áreas delicadas de su funcionamiento económico, geográfico y militar. Los civiles —con la venia del Ejecutivo— han sido sustituidos por la milicia. Sumemos el oprobioso acuerdo simulado entre el narcotráfico y el partido oficial que ha hecho del pacífico mexicano uno de los bastiones del poder ejecutivo, elecciones. Por lo que, visto conjuntamente, experimentamos un momento sumamente delicado: enfrentamos la posibilidad real de perder la convivencia democrática en el país.

Si el INE desaparece, perdemos la posibilidad de vivir democráticamente, ¿quién va a contar los votos? ¿Quién va a dictaminar quién es Senador o Diputada? ¿Quién va a legitimar una soberanía como lo es el poder Legislativo si quien llega a esa representación no representa a la sociedad mexicana sino la voluntad de un solo hombre?

Con la nueva Ley electoral aprobada no serán los ciudadanos quienes voten ni cuenten los votos, ¿qué puede ocurrir si la certeza electoral que tenemos la terminamos dilapidando con un orden electoral antidemocrático? Pues, retomando a Bernard Russell, creo que, en lugar de vivir juntos, con todos sus defectos e imperfecciones que tiene la democracia, podríamos, en muchos sentidos y formas, morir juntos, en lugar de vivir juntos.

Sin democracia se abre una puerta, ya conocida por los mexicanos, a favor del oprobio como del abuso de poder, así como la destrucción colectiva. Pocos siglos han sido tan funestos como el siglo XIX mexicano y las cuatro primeras décadas del siglo pasado. Necesitamos más de 190 años construir las bases para disfrutar de elecciones libres. Necesitamos casi dos siglos para tener el INE.

Cuando muere el voto, muere una parte de nuestra vida cotidiana, muere la posibilidad de tolerarnos y aceptar que puede haber buenos o malos gobiernos pero que el procedimiento para su cambio no es la vía violenta sino la democracia. Porque si vivimos democráticamente la continuidad de la vida humana —aún si es imperfecto el orden democrático— tenderemos formas de ponernos de acuerdo, de entender y de expresar la razón como una forma — siempre limitada— de comprender a otro ser humano sin que la vida colectiva pueda llegar a condicionar nuestra vida y existencia.

Creo que, en las personas como en las sociedades, somos lo que hacemos. Y eso que hacemos lo hacemos para cambiar aquello que no queremos ser. Ciertamente, muchas veces, hacemos lo que no queremos hacer, y eso nos lleva a ser seres contradictorios, difíciles de entender, pero eso no justifica que acabemos con la democracia que nos permite contener, precisamente, esa imperfección.

La democracia, como forma de gobierno y convivencia, como forma de vida personal, y colectiva, como valor, como concepto, como ordenamiento constitucional, son límites éticos ante un mundo humano —empezando por sus gobernantes— que no necesariamente, se conduce éticamente. Salir a marchar definirá qué hicimos o dejamos de hacer para defender la novel democracia mexicana. Definirá qué forjamos para evitar el precipicio al cual no está empujando una ley del partido oficial que es todo menos democrática y que puede abrir un larguísimo periodo de inestabilidad política y, eventualmente, conflictos civiles de pronóstico reservado.

Concluyendo, pienso que no existen atajos hacia el cambio personal o social. Siempre será difícil transformarse —personal o colectivamente. Sin embargo, salir a defender la democracia mexicana no solamente es una elección personal, es una postura que consiste en afirmar, con nuestros actos, que la sociedad mexicana es democrática, que sí, es imperfecta, pero que, ante esos desperfectos, asumimos que, para cambiar lo que no nos gusta de nuestra colectividad, solamente podemos elegir los caminos del entendimiento, comprensión y tolerancia recíproca porque la democracia es una forma de vida que nos define como personas y como sociedades. Sí somos lo que hacemos, no lo que decimos, y lo que hacemos puede cambiar —para bien o para mal— nuestra realidad. ¿Y tú marcharás este 26 de febrero?

Ciudad Universitaria, CDMX, 23 de febrero de 23